

Cementerios

Camila Andrea Hidalgo Labarca

Siempre me sedujeron los cementerios. Me encantaba cuando mi madre me llevaba al Cementerio General, a visitar a mis difuntos parientes. Había que levantarse temprano porque a mi madre le gustaba ir antes de almuerzo. Siempre fantaseé con cómo sería ir de noche.

Desde la entrada me deslumbraba. Atravesaba esas rejas, altas, anchas, pesadas, negras, para pasar el alto umbral que parecía extenderse hacia el cielo o al infierno. Y así me adentraba a caminar por esos pasillos grises, húmedos, fríos, que calaban los huesos.

Me gustan los cementerios grises, amurallados. No los de pasto verde a cielo abierto, la muerte no es verde.

En el camino se nos interponían ángeles y gárgolas demoniacas con los que mis ojos se querían cruzar. También mis ojos se hipnotizaban con pequeñas tumbas que pertenecían a guaguas muertas. Otras veces miraba el suelo esperando encontrar una calavera. Nunca la encontré.

Al llegar finalmente al mausoleo familiar, mi madre respiraba, abría la reja y se daba una pausa.

Un silencio tras un acorde de tensión. Un silencio que se expandía en el tiempo. Luego de esta pausa, venía mi misión: el agua. Yo me empinaba para alcanzar los floreros, metálicos, oxidados, anaranjados, que colgaban de las seis tumbas. Ahí estaban los cuerpos de Sergio, Fresia, Yolanda y Óscar. Me encantaban sus nombres. A las otras dos personas no las conocía. En realidad solo había conocido a Sergio, pero mi fantaseo con los otros tres hacía que los conociera.

Juntaba los seis floreros y emprendía mi viaje. Como soy apresurada, trataba de acortar camino pasando sobre las tumbas al pasillo siguiente. A veces pisaba las tumbas y me preguntaba si aquellos muertos se sentirían ofendidos si yo los pisaba. Hasta que vi una señora recostada con todo el cuerpo, falda y las piernas abiertas sobre una tumba. Ahí entendí que también se podía reposar en la muerte.

Cuando llegaba a la canilla, supuesta fuente de vida, botaba el agua podrida y me daba una pausa para olerla en todo su esplendor. Un perfume cautivante, embrujante. El olor a agua estancada de muerte.

A la vuelta siempre me perdía en los pasillos, laberintos. Los nichos me encantaban estéticamente, eran los más grises de todo el cementerio, igualmente blancos como negros, igualmente luminosos como oscuros, limpios y sucios, tan simétricos que se podía sostener en su armonía.

En el camino siempre iba leyendo los nombres y apellidos de las lápidas y fantaseaba con el aspecto físico de aquellos difuntos. Los veía como en una fotografía. Primero sus tonos, su textura, su edad, su pelo, sus rasgos, sus ángulos. En los mausoleos familiares, luego de retratarlos a todos, armaba una nueva fotografía, una fotografía familiar. A veces me encontraba con apellidos rimbombantes y grandes mausoleos de mármol o de piedra negra. Al percibir el brillo de esas piedras y la majestuosidad de sus alturas imaginaba que eran de extranjeros que de seguro tenían sangre azul. Otras veces fantaseaba con la forma de sus muertes, imaginaba fuertes sufrimientos, luchas sangrientas y casi siempre terminaba heroizándolos.

Me cuestioné porque algunas tumbas tenían cruz, otras tenían una columna rota y otras, azulejos como dominó, blanco y negro. Al final también es gris si se mezclan los colores. Me cuestioné la palabra “disidente”. Me cuestioné los largos y anchos de las murallas. Las separaciones.

Cuando por fin lograba regresar, con la mitad del agua derramada, mi madre arreglaba minuciosamente las flores nuevas y botábamos las podridas. Antes de botarlas yo me tomaba una pausa e imaginaba quién las había traído y cuánto tiempo llevarían ahí. Por lo general pensaba que las habían traído amantes ocultos, que venían a escondidas, tapados con una manta negra a dejarlas. En los cementerios, tanto las flores podridas como las nuevas son igual de hermosas.

Una mañana de domingo, a mis siete años, en el camino me encontré con un muro gigante que no había visto antes, era el “Memorial del Detenido Desaparecido y del Ejecutado Político”. A esa edad yo no entendía lo que significaba ese nombre tan largo, pero sí había aprendido a leer hace poco, por lo que mi juego era leer los nombres de las lápidas. No podía comprender cómo tanta gente estaba enterrada ahí, cómo en un espacio tan pequeño, ¿cuándo se había muerto tanta gente junta? ¡Qué accidente más catastrófico! ¿Cómo no lo había visto en las noticias?

Mi mamá me respondió, “es que no están ahí”. Su respuesta me dejó más descolocada. Aquello no cabía en mi razonamiento lógico aunque tuviera siete años. No pregunté más, pero ese lugar olía raro, yo lo olía.

“Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas, al mar, a las montañas”. Nunca me pude sacar de la cabeza esa frase grabada.

Esa muralla era tan alta y tenía tanta información que parecía que se iba a caer. Parecía una guía telefónica, ordenada alfabéticamente por apellidos. Había varios del mismo apellido. Siempre la sentí inclinada hacia el suelo, no hacia el cielo. Creía que se me caería encima.

El no entender me empezó a generar terror. De hecho, ese es el pasillo más frío, aunque le dé el sol. Una sensación te tira hacia adelante para seguir avanzando rapidito, a paso corto, apretando el culo, cuando en contrapunto, un peso te tira desde el centro hacia abajo, como estancándote. El pasillo parece estar despojado de todo rastro de vida, pero a la vez la vida pulsa todo el tiempo. Es como la muerte que no se puede ir.

Años después me contaron la historia de ese memorial y me acordé de la libertad que sentía cuando un pájaro se posaba en un mausoleo, observaba los pasillos meticulosamente y decidía volar y perderse en la aventura del cielo. Pensé en la libertad y en lo terrible que era perderla. Sentí el mismo terror que de niña, cuándo no sabía lo que había ahí pero sentía un olor extraño. ¡No había nada ahí! Solo recuerdos que realmente mejor se buscaban en el mar, en las rocas, en las montañas. Recuerdos y penas. Y rabias. Llagas abiertas aun. Fuegos, algunos ya comenzaban a apagarse, otros seguían un fuego constante, otros cada vez prendían más fuerte, otros no terminaban de quemarse para volverse a incendiar. Pero ninguno eran cenizas, como la de mis familiares, como la de los señores con apellidos rimbombantes, como la de las guaguas fallecidas, como la de los héroes que me inventaban, como la del esposo de la señora de falda. De ellos no podré encontrar calaveras. ¿Por qué aquellas personas no tenían derecho a lo mismo? Todos tenemos derecho a un espacio donde pausar. Esas familias no podrán nunca reposar en la muerte con falda, a patas abiertas. ¿Cómo reposar en la muerte si no se sabe la verdad? Cuando supuestamente las muertes son revelaciones.

Es un memorial, pero no un lugar donde reposar en la muerte. Para eso hace falta justicia, e inclusive reparación, aunque no la exista.

En los cementerios entendí lo que era el olvido, la clase, y la pérdida. El arte lo entendí en la muerte. La muerte definió mi infancia. La muerte fueron los primeros oscuros que experimenté, vi, oí, sentí, escuché y fantaseé. También los primeros oscuros que no entendí.

A veces, solo vivo en cementerios.